

Laberinto

«La soledad le hablaba al oído, pero él no la escuchaba. Obsesionado, buscaba la salida de su laberinto. Mientras otros reían y festejaban con algarabía por haber encontrado el camino, él seguía perdido entre pensamientos y temores. Su angustia se reflejaba en su rostro pálido, como la cera de una vela guardada en el desván, asfixiada por el encierro y esperando la noche con aprehensión. Se llevó la mano al pecho, temeroso, sin saber por qué se sentía así. No era la primera vez y eso lo mortificaba aún más, recirculando su miedo hasta convertirlo en pavor, haciendo que su corazón latiera rápidamente y su respiración casi se detuviera. Un sudor frío recorrió su espina dorsal al darse cuenta de que se sentía completamente solo, aunque estaba acompañado.

Sin embargo, a ratos recapacitaba y se daba ánimos. Cansado de sí mismo, desdibujaba su mueca a través de una sonrisa y trataba de unirse a los demás. Parecía flotar, perdido en las alturas de su imaginación, buscando una luz que no se encendía por ningún lado. Su tenue voz luchaba por salir, abriéndose paso entre los ruidos estertores de su pecho, pero su miedo la apagaba, silenciándola antes de que alguien pudiera oírla.



Buscaba escapar, pero no sabía de qué ni adónde. Nada lo liberaba de su obsesión. Era preso de sí mismo. Temblaba y se imaginaba que moriría en cualquier instante. Eso atizaba su mente y lo quemaba por dentro. Quería arrancarse la piel a pedazos, pero fingía que todo estaba bien. Ya no reflexionaba, simplemente se dejaba llevar, arrastrando los pies, como alguien que recorre el mismo camino y entra en pánico al darse cuenta de que está

perdido. Aunque empezó a llover, no se cubrió. El paraguas, usado como bastón, le servía para no precipitarse en el vacío que crecía en su interior conforme la vorágine de sus ideas rebotaba en su mente, cual eco desafinado, repitiendo y convenciéndolo de lo mismo:—
Vas a morir.

Todo lo demás le era indiferente. Su angustia era su única realidad. La belleza a su alrededor se opacaba con sus tristes presagios que, como tambores de guerra, anunciaban el conflicto entre su ser y su malestar. Empezó a sudar copiosamente, su respiración se perdía entre suspiros y jadeos. La nube gris de su conciencia pronto se convirtió en tormenta. Los rayos anunciaron con su estruendo que se acercaba el final que, como una visión apocalíptica, lo condicionaba a comportarse extraño, ajeno a sí mismo y sin control.

Finalmente se levantó, abrió la ventana y miró hacia el horizonte. Nada se parecía a su pesadilla, salvo la soledad que lo enloquecía. Se dio ánimos y se metió a la ducha. Este sería un nuevo día, se dijo mientras el agua purificaba sus agravios y dolencias, inventadas de la nada, pero reales. La obsesión resurgió antes de lo esperado. La falta de aliento cortó de tajo su motivación. El “monstruo” que lo carcomía por dentro lo confrontó, reclamándole su fingida indiferencia; él también quería vivir y no se dejaría vencer tan fácilmente.

Se recargó en la pared, cayendo poco a poco hasta quedar de rodillas. Parecía rogar por un descanso. Ya no pedía que su ansiedad se fuera, solo que se distanciara, como un bumerang que por más que se aleja, sabe que regresará. Desnudo, empapado de sudor, su cuerpo se aferraba a cada gota de agua que se impactaba en su piel, deseando que fuera agua bendita que sacara a su monstruo, como si el pánico se pudiera exorcizar.

Se rió de sí mismo al recordar su pasado. Él, optimista, se decía y repetía que su vida era solo suya. ¡Qué equivocado estaba! Su compañero indeseado llegó sin avisar y, desde entonces, su rostro envejeció, quitándole las ganas de vivir. A pesar de su juventud, su cansancio se reflejaba no solo en sus ojos, que languidecían bajo sus pesados párpados, sino también en su alma, que, aunque no se podía ver, se sentía al mirarlo; triste, como desterrada de su cuerpo. La ansiedad lo estaba venciendo, robándole cada parte de su ser, sin darle tregua ni descanso. Su “enemigo” había decidido quedarse, y él, con sus temores, lo abrigaba y lo fortalecía, suplicándole que no se fuera. Vaya ironía la que se leía en su semblante, que, desgastado por noches vacías, no lo llenaba ni el sueño; sobre todo después de descubrir que su enemigo y él no eran dos, sino lo mismo.

Aunque cada día, emocionado se decía:

—Mañana estaré mejor.

Su enemigo, sin perder un ápice de su logrado triunfo, al oírlo respondía:

—Pero juntos, por siempre.

Así transcurrían sus días; amanecía y su ánimo crecía para inmediatamente caer en una pendiente cada vez más profunda y vacía. A pesar de estar acompañado, aislado se sentía.

No había fórmula ni medicina que le brindara alegría. Como una cuchilla afilada que corta parejo, así cortaba su angustia sus pocos momentos de asueto, como un indeseado cortejo, lastimando su alma y erizando su pellejo.

Después de meses de vivir colgado de un hilo, ya no pudo más. Preguntarse a diario si ese era su último día, lo agotó. Su cansancio lo llevó hasta el límite y, a punto de romperse y caer en un insondable precipicio, su mente, aún lúcida, inventó un credo propio. Este era su refugio y su solaz. Lo repetía vehementemente por las noches y también cuando la ansiedad aumentaba hasta el punto de paralizarlo. A partir de esa ocasión, aunque la obsesión no cejaba, aturdiéndolo e incitándolo a claudicar, él ya tenía su credo, su escudo mental y personal. Al principio no hubo cambios aparentes; la lucha apenas iniciaba. Sin embargo, poco a poco, las palabras de su credo se introdujeron en lo más profundo de su psique, modificando sutilmente su actitud.



Un día, aparentemente igual que otros, al escuchar ruidos se asomó por la ventana de su habitación. Pero esta vez el Concorde voló tan bajo que los vidrios retumbaron, rompiendo el silencio y la angustia de su mente. En ese instante, paradójico y sublime, algo más que la barrera del sonido se hizo añicos. Ese día, lleno de energía, se metió a la ducha; su monstruo se ahogó y ya no salió.

Por fin descansó. Su voluntad había exorcizado a su obsesión. Etéreamente, el laberinto se esfumó. Así como había llegado, se marchó.

Sus noches empezaron a llenarse de estrellas, no de miles, sino suficientes para iluminar la oscuridad que había creado su ansiedad.

Cada vez que otro monstruo toca a su puerta, él recurre a su credo, su verdadero y confiable amigo, y lo recita así:

“Solo hay una razón de la desazón; la mentira que brota de la inconsciencia del infortunio, vestida de verdad, emulando la realidad, y negando el despertar”.

Al final descubrió que su laberinto y su credo no eran dos, sino uno mismo. Eso lo liberó.

Así como él, tú también puedes lograrlo».

Timoteo cerró el libro de autoayuda. Había leído el último capítulo y ya no dudaba del paso que iba a dar.

Taciturno y de pocas palabras, solo en sus ojos se veía el temor que lo paralizaba. Contrario a su costumbre, se acostó muy temprano; no quería amanecer cansado y mucho menos con las ojeras que desde joven lo delataban cuando trasnochaba. Apagó el foco y apartó el libro que aún sostenía entre sus manos, dejándolo sobre la silla que usaba como buró, donde apilaba las cartas de sus admiradores.

La luz que se filtraba a través de las persianas rotas le daba directo en la cara e iluminaba la grieta de su cabecera que, pegada a la pared y enmarcada en hilos dorados, se veía como arte moderno fuera de lugar, obligándolo a voltearse boca abajo.

Inquieto por el pensamiento que lo obcecaba, dormitaba a ratos sin poder conciliar el sueño. Abrazó nuevamente la almohada con forma de luna mientras recordaba, sin desearlo, la primera vez que miró a Tea: delgada, alta y de porte distinguido. La veía entre las sombras y la seguía a todas partes. Su bella figura lo cautivó enseguida y, confiado en que sería un juego temporal, la aceptó sin saber que le cambiaría el destino.

En ese entonces, años antes de que renunciara a sus creencias, ni idea tenía de lo que quería y, como sucede a veces, se dejó llevar, como la barca de un niño que navega sin control entre las turbulentas aguas del río de la vida. Cada vez se sentía más cansado, y la poca energía que le quedaba la gastaba dándole vueltas a lo mismo hasta quedar agotado, como lo hacía todas las noches después de remolinarse a oscuras viendo la luna sin encontrar la salida.

Eso empeoró con el tiempo. El mismo pensamiento lo consumía por dentro y lo apartaba día a día de los demás. —Ya falta menos —se decía a menudo; pero esta vez, sudoroso, le dio un sorbo a la bebida que había preparado para la ocasión. Cogió la carta más desgastada de todas y la metió a un sobre, sellándolo. Estaba decidido, hoy haría frente al compromiso de su vida.

Aventó la almohada al piso y, contrahecho, dio otro sorbo. El amargo sabor del primero comenzó a hacer su efecto y, finalmente, después del tercer sorbo, sus hilos dorados borraron la grieta y perdió la noción de lo que sucedía. Dios se quedó esperando, pero Tima, como le decían de cariño a Timoteo en el teatro de revista donde actuaba, siguió a Tea hasta el final sin divulgar su secreto.

Por la mañana, mientras el forense llenaba el reporte y escribía: “Hoy, muy temprano, Tima perdió el conocimiento y ya no despertó. Tenía 29 años y vivía desahuciado”, la enfermera que atendía el cuerpo notó algo peculiar encima del buró.

—Doctor, es el libro que usted escribió —dijo la enfermera, mostrándole la portada.

—Es una edición descontinuada —afirmó el forense, hojeando el libro con un gesto pensativo.

—Ya lo modifiqué y pronto voy a publicarlo —añadió, cerrando el libro con un golpe seco.

La enfermera se quedó boquiabierta, sorprendida. La fría respuesta del doctor contrastaba enormemente con la candidez de la “aureola” que todos le atribuían. Su exitoso libro “Laberinto” había roto récords en el pasado, pero ya necesitaba ajustes.

El doctor vio la reacción de la enfermera y trató de convencerla de la problemática existente, diciendo:

—En la actualidad, los jóvenes son más emotivos y sensibles que antaño, debido a la presión social, el estrés académico, las dificultades económicas, la exposición constante a las redes sociales y la comunicación digital, entre otros factores psicosociales. Estas circunstancias han contribuido significativamente en su salud mental, reflejándose en estadísticas alarmantes. En México, por ejemplo, la tasa de suicidio juvenil aumentó un 18.9% en los últimos seis años —explicó el forense, destacando la correlación entre estos factores y el incremento de casos, cerrando el reporte y dando por terminada la visita.

La enfermera guardó silencio. Aunque no tenía elementos para refutar lo dicho por el médico, el cadáver a su lado la sobrecogía. Las estadísticas eran frías, pero no mentían. Comenzó a recoger sus utensilios, con la mirada perdida y los ojos llorosos, pero algo no la convencía de lo que sucedía. Sus pensamientos vacilaban entre la lógica clínica y la empatía humana. El ambiente se había cargado de un silencio reflexivo, roto solo por el ruido sutil de sus movimientos. Fue entonces cuando, al ajustar su bolso sobre el hombro, su mirada cayó accidentalmente sobre un sobre solitario en el suelo.

Intrigada y con un leve temblor en las manos, se agachó para recogerlo, abriendo el sello con una mezcla de curiosidad y hesitación. Al desplegar la carta y leer las palabras escritas, un escalofrío recorrió su espalda. La nota, simple pero reveladora, parecía ser la última pieza de un rompecabezas que su mente ansiaba resolver. El crudo mensaje decía simplemente:

“No dejaré que te marches sin mí – Tu monstruo”.

La enfermera, después de meditarlo, dedujo que el asesino serial seguía oculto en lo más intrincado del laberinto, seduciendo a las almas perdidas con promesas de hilos dorados. “Más que obvio”, pensó para sus adentros mientras destruía la nota con la evidencia que insinuaba quién mató a quién y cómo salir del laberinto. Esto reforzaba su hipótesis y debía ocultarlo de los demás. No era justo quitarles la oportunidad de luchar por su propia vida y de enfrentar el desafío a solas.

Fernando Perales.